

652
✓
Hernán Siles Zuazo

DICURSO PRONUNCIADO EN LA
CLAUSURA DEL
"SEMINARIO DE ESTUDIOS
PARA AMERICA LATINA."

- F. B.
040
5581d

—
La Paz, Mayo de 1959

01125

F. B.
350.003 5
5581 d'

DIRECCION NACIONAL DE INFORMACIONES DE LA
PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

LA PAZ

BOLIVIA



7

DISCURSO
PRONUNCIADO POR S. E. EL DR. HERNAN SILES
ZUAZO, PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPU-
BLICA, EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL "SEMINARIO
DE ESTUDIOS PARA AMERICA LATINA", REALIZADO
EN LA CIUDAD DE SUCRE, DEL 4 AL 26 DE MAYO DE
1959.

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAJOR DE SAN ANDRES
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz - Bolivia

Luis Anzures

Vengo a expresar — sin prejuicios — la mayor simpatía del Gobierno de la Revolución Nacional por este Seminario destinado a examinar y a desentrañar problemas del continente y del mundo, en esta hora de confusión y de prueba, en la que resulta difícil señalar inequívocamente el contorno de la verdad y entenderse, aún hablando el mismo lenguaje. Epoca llena de equívocos, de sombra y de luz, de confusión y de esperanza, por lo que en ella coexisten dos inconmensurables dramas: el del derrumbamiento de un mundo de injusticia y de esclavizamiento del hombre y el de insurgencia de un universo nuevo, todavía informe, sangrante, lleno de vacilaciones, pero nuevo en su sentido de humanidad y en su noble destino. Epoca de confusión y de esperanza, de horror y de lucha, de grandes actos de fe y de pérdidas de la fe, ya que nunca como ahora parecen tan fuertes — en su siniestro poder — el oro y el hierro, y nunca como ahora parece la ley de la selva tan armada para aplastar los principios del derecho humano. Si sólo tuviésemos capacidad de mirar la cubierta externa de la realidad contemporánea, tendríamos que recluirnos en un delicuescente escepticismo o armarnos de una baja moral — existencialista en la teoría o en la práctica — de "sálvese quien pueda". Pero nosotros creemos que la historia ca-

mina hacia adelante — a pesar de todas las contradicciones y de los desgarramientos — y que en el amanecer se combinan las últimas sombras y las primeras luces.

Pero en esta formidable lucha en que todos estamos empeñados y de la que apenas es sólo un pequeño y heroico episodio la Revolución Boliviana — vista desde una perspectiva universal — es necesario participar con una plena energía, pero también con una plena responsabilidad, sobre el sentido, los alcances y la dirección última de nuestra lucha. Este tiempo tiene que encontramos dispuestos y formados para el combate, con una clara e insobornable conciencia sobre la significación exacta de nuestro compromiso. No podemos participar en la lucha sin saber, con entera seguridad, por quién y para qué luchamos. Si entregamos nuestra vida y nuestro corazón a la causa del mundo que empieza a formarse, dentro de nosotros mismos, en el humilde subsuelo de la nación — en la ignorada zona del campesino, del obrero de fábrica, del artesano de taller — o si la damos a la causa contraria: la de quienes — no importa las banderas con que se cobijan — sólo pretenden conservar sus privilegios de clase y mantener su ruda, implacable, e innecesaria hegemonía sobre la cultura, la vida social y el Estado.

Podemos hacer todas las construcciones racionalistas y académicas que nos plazca, pero el hecho central — en la historia que estamos viviendo, como testigos y como actores — es que de una parte está la causa de liberación del hombre que requiere aplastar la poderosa trama de privilegios, y de otra la causa de opresión del hombre a título de conservación de un orden de esos privilegios. Estamos obligados a escoger, ya que la independencia de los pueblos y el logro de una nueva posición para el hombre — el hombre común de que hablara esa gran voz democrática que fue F. D. Roosevelt — en

el escenario de cada patria, de cada continente o del mundo, no se conquista gratuitamente.

Por la libertad es necesario dar siempre el más alto precio y el hombre no ha encontrado un precio más alto que el de su propia vida. ¿Pero acaso no es ésta, señores universitarios, los que dictan o los que escuchan cátedra, los que aprenden enseñando o los que ponen su fe en los que enseñan, la gran enseñanza de nuestras Guerras Libertadoras? Toda la historia de la Universidad de Chuquisaca — en varias decenas de años de pausado y rutinario coloniaje — no es tan importante como su mensaje de libertad, como su insurgencia revolucionaria, como su rebeldía con causa.

La insurgencia revolucionaria no consistió sólo en alzarse contra el régimen de la metrópoli imperialista, sino en alzarse a nombre de un pueblo inerme sin libertad y sin voz. Esa semilla — nacida en unas modestas aulas que se limitaban a enseñar un vigilado repertorio de dogmas políticos y sociales, de retórica y de gramática, de derecho indiano y canónico — tuvo el poder germinativo suficiente para provocar el derrumbamiento de un imperio que se creía eterno y de un Rey que se consideraba Soberano por la gracia de Dios. Y el imperio contra el que se alzaron esos estudiantes sin otras armas que las de su aguda inteligencia y las de su poderoso corazón, no era una construcción precaria y desmoronadiza: era un armazón que cubría la integridad de la vida social, que iba de los latifundios a las minas, de los obrajes a los talleres, de la vida íntima a las cofradías, del último pongo al primer señor feudal, y que estaba asegurado por una densa trama de cárceles, de encomiendas, de estancos, de gabelas, de impuestos, de horcas, de leyes.

Contra esa inmensa acumulación de poder se alzó la juventud: pero se alzó contra el presente ominoso a nombre del futuro, sacrificando la cómoda moral del ejer-

cicio tranquilo del oficio o la profesión a cambio de participar en las transformaciones de la historia. Y lo hizo en un momento en el que no se tenían los contornos precisos del horizonte, en el que la patria era sólo un concepto y en el que el pueblo raso no podía sospechar siquiera el sentido revolucionario y redentor de la doctrina del Estado republicano y de la soberanía popular. Ejemplo magnífico de elevado idealismo, el que consiste en la capacidad de canjear el presente por el mañana, el pan seguro en la mesa por la insegura libertad de la nación y del pueblo. Y moral la suya de "hombres rebeldes con causa" y con fe viva — valga la antigua diferenciación teológica entre fe viva y fe inerte, la que se tiene para llenar la vida o la que se conserva por rutina social o por conveniencia oportunista — en el destino del hombre, y del pueblo.

¿De qué pueblo hablaban estos doctores y estos estudiantes de Chuquisaca? Cuando hablaban de libertad, de soberanía, de independencia, de Estado republicano, ¿acaso tenían presente a los grandes propietarios de minas y de esclavos — en un tiempo en que se creía que el derecho a esclavizar hombres era un derecho legítimo?—¿acaso recordaban a los encomenderos, a los latifundistas feudales, a los dueños de las empresas de comercio y de los obrajes, a todos los que aparecían como la flor y nata de la sociedad colonial?. Tal extremo sería monstruoso pensarlo, ya que supondría rebajar su proeza histórica. La verdad es muy simple de expresar: cuando hablaban de "pueblo" pensaban en los esclavos, en los siervos, en la humilde y resignada masa de pongos y de pegujaleros de los latifundios, en las comunidades indígenas, en los artesanos encerrados en el precario horizonte de los talleres, en los peones de aldea, en la desamparada clase de los pequeños funcionarios y de los pequeños hombres de empresa.

Sin embargo, más de un siglo tuvo que vivir la República — la república de señores — para que se decidiese a comprender que una nación no es independiente si su pueblo es esclavo. No valen las argucias en contra: la impreparación del pueblo para el ejercicio de la ciudadanía, como si hubiese algún pueblo en la tierra que se hubiese preparado para la ciudadanía por medio del pongueaje y de la negación de los derechos a la representación política; o la impreparación del pueblo para una vida económica de alto nivel, como si en los latifundios o en las minas del Estado oligárquico se hubiesen adiestrado las clases trabajadoras en el manejo de una nueva técnica de producción.

Ni el Estado Republicano, ni el orden de derecho, ni la economía sobre bases técnicas y comerciales, pueden nacer perfectas, como las criaturas salidas de la cabeza de Minerva en la concepción mítica griega. Si en más de un siglo de vida independiente no se conquistó ese orden de derecho, ni ese sistema democrático de representación, ni esa economía desarrollada y nueva, ni se libertó ese pueblo sin voz ni voto — como en la época de la Colonia Española — no puede pedirse a la Revolución que destruya la herencia colonial en un solo día y que construya en un solo día la nueva república de origen popular. Para quienes examinen objetivamente nuestra historia — como espero lo habrán hecho los participantes de este Seminario de Estudios — no se les escapará que nuestra Revolución es sólo de ayer: siete años para enfrentarse a un sistema heredado de la Colonia Española! Siete años para provocar, no la total liberación del pueblo, sino el que el pueblo mismo haya tomado en sus manos la causa de su liberación y de su justicia.

Mucha historia tuvo que transcurrir antes de que ese pueblo fuese tratado como un verdadero, como un

auténtico sujeto de derecho político y para que empezara a recorrer una patria suya y hecha a la medida de sus aspiraciones de justicia. Es claro que lo más cómodo era hablar de República y mantener ese pueblo — inexpresado, silencioso, humilde, que parecía aceptar sin protestas el envilecimiento y la condición de paria — en los sótanos de la propia patria: República señorial, con libertad de prensa para los grandes empresarios de las minas y de los arenosos mercados de opinión, con libertad de cultura para las pocas familias que pudieron pagar el acceso privilegiado a las universidades de dentro y de fuera, con libertad económica para los latifundistas que alimentaban su poder con el trabajo servil o para quienes traficaban con los recursos de una pobre nación irredenta. El pueblo, como los reyes en las tragedias griegas, debía vivir, respirar y vegetar en los establos, por desconocimiento de su condición real.

Nos correspondió la dura y honrosa tarea de alzarnos contra este orden de simulación y de privilegios, de insubordinarnos contra esa impostura, de destruir los pesados muros de la vieja fortaleza colonial y de abrirle al pueblo — liberal y generosamente, sin tartufismo ni recelos — las puertas de la República. Bien sabíamos que semejante tarea no es fácil, ni grata, ni tranquila, ni desprovista de peligros y riesgos: como que no ha existido en la historia humana una cruzada más llena de vicisitudes, de altibajos, de grandes y pequeñas aventuras, que la proeza de dar libertad al hombre. No sólo nos enfrentábamos al problema de un pueblo recién salido de la servidumbre y aparentemente inhábil para el ejercicio de la libertad, sino al problema gigantesco de unas castas despojadas de sus privilegios, soberbias en su poder y capaces de llevar la nación a la hora con tal de reconquistarlos de nuevo. Sabíamos que no hay clases privilegiadas que acepten renunciar al poder —el de la ri-

queza, el del control de los partidos y del Estado, el de la hegemonía sobre el pueblo — por la vía republicana del convencimiento. Estábamos cambiando el pretendido derecho inalienable de las antiguas castas a gobernar al pueblo, por el derecho del pueblo a gobernarse a sí mismo. Estábamos canjeando el sistema representativo de las minorías — autocalificadas de selectas para ampararse en algún título y para dar una apariencia de predominio cultural a la simple extorsión realizada sobre la nación boliviana — por un sistema de representación universal; el Estado de casta por el Estado Nacional.

En esto consiste nuestra inconmensurable operación histórica: operación llena de imperfecciones, de fallas, de tanteos, como que la madurez política no surge por decreto, ni de la noche a la mañana se monta el Estado de Derecho como un teatro portátil de marionetas.

Pero estamos en el camino de la revolución, que no terminará sino cuando el pueblo se gobierne plenamente a sí mismo y cuando haya completado su formación para el ejercicio responsable de la ciudadanía y de la libertad y se haya construido una patria y un Estado que no sean privilegio de ninguna clase — ni de arriba ni de abajo, ni burguesa ni proletaria — y puedan hacerse responsables de la necesidad colectiva de bienestar y seguridad. He ahí los grandes objetivos de la Revolución Nacional: independencia económica, liberación política, justicia social. Hemos tenido que enfrentarnos al problema conjunto de la construcción democrática: no podíamos construir sólo una democracia política o una democracia económica o una democracia social. Creemos — como creen todas las fuerzas auténticamente revolucionarias de América — que el problema no es sólo de pan sin libertad o de libertad sin pan, sino de pan con libertad. Esta es la divisa justiciera de la nueva América, que está

transitando, como nosotros, el camino de la revolución. Y que lo está transitando con enormes sacrificios y teniendo que enfrentarse, por igual, a las presiones de la oligarquía contrarrevolucionaria y del comunismo, de la extrema derecha y la extrema izquierda, y de sus aliados internacionales, el capitalismo colonialista y el imperialismo soviético, que emplea a los partidos comunistas como quintas columnas de penetración y de sojuzgamiento de los pueblos débiles. ¿Podremos juzgar la revolución — esta profunda revolución que ha dado tierra a los campesinos y que se ocupa actualmente de organizar un sistema cooperativo de producción, que ha nacionalizado las minas y aplastado el monstruoso poder de sus antiguos propietarios, que ha establecido el voto universal y el derecho de todo hombre al trabajo y a la escuela, que no cierra universidades sino que les dice que cumplan sus obligaciones con el pueblo y que penetren y encaucen este proceso revolucionario — por las versiones que nos dan las oligarquías desplazadas en trance de asaltar el poder de acuerdo con las consignas impartidas a control remoto? ¿No podremos verla, estudiarla, juzgarla, con nuestros propios ojos, impidiendo la sustitución de los juicios por los prejuicios?

Nuestra generación acometió esa tarea revolucionaria, y se hace responsable de ella, pero exige que las nuevas generaciones la comprendan, no simplemente que la acaten o la repudien. Exige que las nuevas generaciones jueguen un papel enérgico y constructivo en favor de esa revolución que no nos pertenece a nosotros — ese es el tremendo error, difundido por las agencias de propaganda de la antigua oligarquía minero - feudal y por sus voceros ingenuos o rentados — sino que le pertenece al pueblo. Lo que decimos no es que la Universidad nos siga, sino que la universidad no se ponga de espaldas a la revolución y participe en ella: que ayude

a remediar las fallas, a resolver los problemas, a abrir los cauces, a rectificar las falsas pistas. Pero que conviva con la revolución y que se atreva a asumir la defensa de la causa de pueblo. La juventud no se caracteriza sólo por la capacidad de rebeldía, sino por la facultad de levantarse por causas justas: queremos rebeldes con causa, no insurgentes sin causa. No podemos aceptar para la juventud universitaria, en esta Segunda Revolución Libertadora, un papel distinto del que asumió en la primera Guerra de Independencia: si ayer se alzó contra el pasado, demandando un futuro que superase la colonia, hoy no puede alzarse contra el presente — a nombre del pasado, — para que las minas vuelvan a sus antiguos amos, para que la tierra regrese al marco anquilosado de los latifundios, para que se quite el voto de manos del campesino analfabeto, para que se restablezca la legalidad minero feudal vigente hasta 1952.

Las juventudes no pueden permitir que se explote su inexperiencia, sus impulsos generosos, su propensión biológica a la rebeldía, por los empresarios de la contrarrevolución, por los que mandan a matar y morir desde las capitales de los países vecinos y que en su añoranza del poder, tras cada golpe frustrado, sólo atinan a encubrir su cobardía con la calumnia facilitada por la publicidad que sostienen los intereses creados en escala internacional. Las juventudes no pueden estar de espaldas al pueblo, con el pretexto de que luchan contra un partido y contra una forma de Gobierno. No pueden adquirir la tremenda responsabilidad de enfrentarse a la causa de liberación popular por la que lucharon y dieron su vida los universitarios de 1809.

Nosotros salimos del horno purificador de la Guerra del Chaco. En esa escuela viva y sangrante tomamos contacto con la patria — como una integridad geográfi-

ca, como una comunidad solidaria de pérdidas y ganancias, como un sistema de seguridad colectiva frente a la miseria y al desamparo — y convivimos con nuestro pueblo. Convivir es compartir la vida y la muerte, el pan y los sacrificios. En la guerra aprendimos que la República no había saldado su cuenta con ese pueblo y que sólo la existencia de un Estado de casta había podido empujar pueblos hermanos a una inicua y fratricida matanza.

Entonces aprendimos también a recudiar todas las formas de las guerras civiles: las que se realizan entre clases o entre partidos de una nación o entre pueblos de naciones que tienen un hogar geográfico y vecinal común. Y a pesar de que la Revolución ha tenido que debatirse con las condiciones más difíciles que ha conocido la historia de Bolivia, ese pueblo — esos campesinos, esos mineros, esos obreros de ferrocarriles y fábricas, esos artesanos, esas clases medias — no ha desertado. El pueblo está con la revolución. La defiende, la ampara, vive y muere por ella, no obstante que la Revolución no ha podido darle aún la totalidad de bienes a que aspira: una escuela gratuita y universal, una seguridad social para todas las clases, un salario justo, un sistema de crédito popular y con garantía del trabajo, unos instrumentos de capacitación y entrenamiento en la nueva técnica.

Los campesinos del altiplano, de los valles y del oriente — recién salidos del cepto, del pongueaje y de la servidumbre — nos dan el ejemplo conmovedor de que casi todos los excedentes de sus cosechas los emplean en la construcción de edificios escolares y en la compra de útiles y pupitres. Este es el campesino analfabeto que se da a sí mismo lo que nunca antes le dieron los antiguos amos de Bolivia. El 49 % de las escuelas construidas en 1958, son producto del esfuerzo y la iniciativa de las propias comunidades campesinas. Esta ansiedad de cultura

nos explica el que si en 1957 se habían solicitado a los organismos de Educación Fundamental 1.903 escuelas nuevas, en 1958 han sido aumentadas las demandas a 2.582. Mientras en la mayoría de los países latinoamericanos el Estado va adelante y los campesinos detrás, en materia de construcción y sostenimiento de escuelas, en nuestro país — en la Bolivia de hoy, desde luego — los campesinos van adelante y el Estado detrás.

¿No es ésta una prueba de que la Revolución ha llegado al alma del pueblo? Yo os invito a que veáis y a que conviváis con nuestro pueblo, así como he invitado a las universidades de Bolivia, a todas sin excepción alguna, a sus estudiantes y a sus profesores, a que capaciten a la Universidad para dar respuesta a los problemas de la nación y del pueblo. Les invito de nuevo a que empleen la autonomía en acercar la Universidad a la Nación — a sus problemas, a sus necesidades, a sus angustias, a sus esperanzas — y no simplemente en separar y enfrentar la Universidad al Estado, creando entre ambos fosos y trincheras. Soy el primero en invitar a la formación, al fortalecimiento, a la ampliación vigorosa de una Universidad técnica y humanista, disciplinada por responsabilidad en sus tareas culturales, auténticamente libre en su pensamiento e inspirada en generosos ideales de servicio nacional.

Ya está desapareciendo del escenario latinoamericano la vieja universidad enfeudada — no autónoma — aristócrata, retraída en sus prejuicios, declamatoria, simuladora de cultura, ausente de los problemas del hombre común. Sea ésta la oportunidad de repetir el sencillo programa educativo del Gobierno Revolucionario: escuela gratuita y universal, con capacidad de abrirle al pueblo las anchas puertas de la cultura; organización poli-técnica que le suministre a Bolivia los expertos que nece-

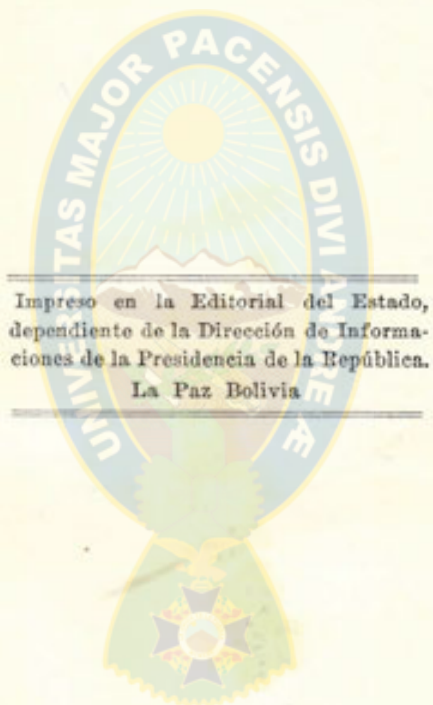
sita para su desarrollo, en las ciudades, las minas y los campos; universidad que se fundamente en la activa investigación científica, en la libertad creadora — libertad para hacer, para construir, para participar en la enorme responsabilidad de darle al pueblo una patria de carne y hueso— en la honestidad intelectual, en el espíritu de servicio: escuelas, politécnicos y universidades de cara al presente y al porvenir de Bolivia, no de cara al pasado.

Estamos empeñados en una enorme tarea revolucionaria. Y queremos una revolución que no instaure dictaduras de clase, que no suprima la libertad de las universidades, que no cierre entre fosos el campo de la cultura. Por eso el Gobierno ha respetado la autonomía universitaria, no obstante que muchas veces la autonomía se transforma en enfeudamiento o se utiliza en los más agresivos programas de conspiración política. Por nada del mundo el Gobierno cambiaría la apariencia de una revolución por la revolución misma. Y la revolución es, no simplemente alzamiento para destruir un orden viejo, sino capacidad infatigable, insobornable, para construir un orden nuevo.

La revolución se hace y se define con sangre, con lágrimas, con sacrificios, pero es más aún: es la facultad de conducir una sociedad más adelante y más arriba.

A 150 años del pronunciamiento americano de Chuquisaca, en el claustro que supo del pensamiento y de los anhelos de nuestros mayores, invoco sus enseñanzas y ejemplo, para la orientación de los que gobernamos hoy y para los que gobernarán mañana; vale decir, para los jóvenes que ahora se capacitan para servir a los pueblos con esfuerzo y sacrificio, contribuyendo a su educación.

Sucre, 24 de mayo de 1959.



Impreso en la Editorial del Estado,
dependiente de la Dirección de Informa-
ciones de la Presidencia de la República.
La Paz Bolivia